

LA GUERRA CARLISTA

Cura Santa Cruz. ¡Hay un secreto de Estado!...

El teniente Nicéforo hizo un gesto de fatiga:

—¡El pleito de los carlistas por la beligerancia! Un secreto á voces... Yo no diré que Santa Cruz sea nuestro aliado, pero lo parece...

Interrumpió el capitán García:

—Y parece que de conservarle ahora la vida, va la salvación de la República. Por eso, sabiendo mis ideas de libertad y de progreso, me ha llamado el general España.

Los dos tenientes levantaron los ojos tristes, graves, compasivos, ante la buena fe del capitán. Y los tres, como en un tácito acuerdo, tiraban de los cigarros, muy cavilosos, mirando á los soldados.



XXXII

Santa Cruz pasó los puertos de Arga y Arguiña. Allí, reunido con su gente, quiso burlar la persecución de republicanos y carlistas, haciendo grandes marchas nocturnas para que nunca supieran dónde estaba. Era artimaña suya: Con ella conseguía que no se concertasen para un movimiento envolvente, los republicanos y el general Lizárraga. Santa Cruz esperaba vencerlos separadamente, cada uno en su vez. Pero la ocasión no se presentaba y crecía el

LA GUERRA CARLISTA

riesgo y el estrecho. Cerca de Belza, en un intento para pasar á Guipúzcoa, se vió perdido, con los republicanos al frente, y picándole la retaguardia desde hacia treinta horas, cuatro compañías del general Lizárraga. Hizo alto al abrigo de unos molinos, y en el encinar que desde el río subía tendiéndose por el monte, puso guardia de hombres y los tres perros del molino. Fué advertencia de una vieja, que ella lo viera hacer á los contrabandistas. En el molino no había molinero. Cuando un voluntario preguntó dónde andaba, el ama joven se encrespó sacudiéndose la halda verde:

—¡Aquí bajo lo tengo!

Era una mujer alta, demacrada y encinta. El ama vieja, que estaba en su silla baja desgranando maiz, terció al caso:

—El mutil, por mal no te lo dice, pues.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Protestó la otra:

—Preguntar es... ¿Tú andas en la guerra? Presume, presume dónde andará tu hermano. ¿No ve cómo estoy de la cintura? Pues si en la casa hizo lo suyo, ahora que lo haga en la guerra.

Asomaba Santa Cruz, y quedó silenciosa, agachándose sobre el fuego. El Cura traía muy grave el rostro, y nublado de tristeza. Se sentó y dijo con un gesto que entrasen los que esperaban, y con un resuello que todos los demás se saliesen fuera. Entró Roquito, guiado por la Josepa. Gritó el ciego con vehemencia:

—¡Don Manuel, vengo por servirle, aunque luego me mande afusilar!

—¿Qué traeis?

El Cura contemplaba los ojos llagados de Roquito, y sentía que aquellas postas sangrien-

LA GUERRA CARLISTA

tas le penetraban como ningún mirar. Pero no le preguntó nada para saber por qué estaba ciego. Le parecía que era lo que debía ser: El recuerdo anterior se borraba, como si nunca hubiese conocido otro Roquito que aquel de los ojos en sangre y de las palabras arrebatadas. Roquito se sacudía todo estremecido, en perenne temblor:

—¡Vengo por el bien de la Santísima Iglesia! ¡No combatan entre sí los soldados del Rey Carlos! ¡No combatir, Caines, y dar un mal ejemplo á la Cristiandad!

Estaba ante el cabecilla palpándose los harapos y recorriéndolos con las manos temblorosas. La Josepa le ayudó á descoser un papel escondido entre dos remiendos, y se lo metió en el puño, empujándole al mismo tiempo para indicarle la dirección del Cura. Roquito adelantó

GERIFALTES DE ANTAÑO

recto, extendida la mano, levantando los zuecos llenos de tierra. Santa Cruz tomó el papel y le pasó la vista. Lo quemó en la lumbre sonriendo:

—¿No traeis más?

Roquito gritó:

—¡Que no combatas contra tu hermano!

Barboteó la Josepa:

—¡Calla, borrachón!... Nos entregó la carta un señor general que vino de Estella, de le besar el anillo al Rey Don Carlos. Dijo él que no tornásemos sin haberla dejado en la misma mano del Señor Don Manuel.

Murmuró el Cura entornando los párpados, como al peso de un sueño repentino:

—Está hecho. ¡Andad con Dios!

Redoblaba el temblor de Roquito:

—¡No tires la espada contra tu hermano! Si

LA GUERRA CARLISTA

no quieres verte con él y darle los brazos, escapa por medio de los montes. Un camino te abrirán las peñas y los hayedos, separándose como las aguas del Mar Rojo. ¡El que siempre venció de los negros liberales, de su hermano no vencerá! Escapa por los montes, y si te ves cercado, échate en una hoguera, pero no vayas contra los batallones y las escuadras del Rey Carlos.

La Josepa, muy temerosa, le dió con el puño en la espalda:

—¡Calla, borrachón!

Hizo el Cura un gesto de gran imperio:

—¡Déjale que hable!

Roquito estaba en lágrimas:

—¿No te pedía los brazos, en su papel escrito, el general Don Antonio Lizárraga? ¿Qué respuesta para él das á este ciego sin fortuna? ¿Es

GERIFALTES DE ANTAÑO

mi cabeza, que la quieres cortar y mandársela como respuesta dentro de un cofre, conforme es el uso de Morería?

El Cura meditaba con una mano sobre los ojos. Sintió latir los perros en el encinar y abrió la ventana. Se juntaba la gente de la partida, sobre la ribera del río, para seguir la marcha nocturna por los caminos blancos de luna, por las arboledas todas en quietud. Se aprestaba sombría, con el ansia y recelo del peligro, dura á la fatiga de aquellas marchas continuas, muchas veces á la vista de las hogueras enemigas. De nuevo iba á comenzar la huida, sañuda y rebelde, con el paso á la media noche por las aldeas dormidas al claro lunar que aman las brujas. El Cura recapacitó los caseríos donde debía pedir raciones. Santa Cruz tenía parciales en todos los poblados y aldeas, sabía ganarlos unas

GERIFALTES DE ANTAÑO

veces con clemencia, y otras con duras justicias. En aquellas jornadas, al amanecer metíase á los montes, y descansaba hasta la noche en el resguardo de alguna quebrada, puestos centinelas.



XXXIII

El Cura, arrimado á la ventana, meditaba con la mano sobre los ojos. Volvieron á latir los perros en el encinar, y corriendo por entre los maizales, venía un mozo de ágiles piernas, capusay y luenga vara. El cabecilla descubrió los ojos, y reconoció á uno de sus confidentes:

—¿Ramuncho?

Respondió una voz:

—¡Llego!

LA GUERRA CARLISTA

El mozo penetró en el molino, y alumbrado por el ama vieja, pisó el umbral en la sala de las arcas, donde estaba el Cura. Se santiguó, y saludó dando con el cueto de la vara en el suelo, semejante á un mensajero antiguo, bajo el capusay:

—¡Ave Maria Purisima! Los republicanos levantan su linea.

Santa Cruz tembló todo:

—¿Tú lo viste?

—Yo lo vi. Van de retirada sobre Elizondo. Estuvieron en una venta donde yo dormía, y escondido en el pajar los oi. Todos van pesaderos de la retirada.

Se oyó llorar. Era Roquito que estaba de rodillas en el rincón de unas arcas. Nadie hablaba, y la figura del cabecilla se destacaba sobre el cielo de la noche en el cuadro de la ventana.

GERIFALTES DE ANTAÑO

Con un sentimiento de humildad, penetrado de misterio, murmuró hablando con todos:

—Recemos el rosario y demos gracias á Dios. ¡Él me salva, no sé si de ser Judas, si de ser Cain!

Se arrodilló y besó el suelo, al mismo tiempo que estallaba violenta la voz de Roquito:

—¡Satanás te salva! ¡Satanás, que guía las filas de los negros y los vuelve de la parte de Judas!

Todos callan atemorizados, y en la oscuridad se oye sollozar al Cura de Hernialde.







